

religiosa. Se ha persuadido á las mujeres que sacrificándose de este modo van más pronto al cielo y sus esposos tambien. Pero, segun lo que un sabio de aquellos malhadados países ha dicho á uno de nuestros misioneros, la verdadera razon de estas hecatombes atroces es que, entre los indios, la mujer tiene una gran propension á envenenar á su marido, y que no hay otro medio para librar al marido de las asechanzas de su mujer que el de hacer á la mujer responsable de la vida de su marido, obligándola á morir con él.

Dios nos libre de aprobar esa legislacion infernal, ese horrible abuso del poder del hombre sobre la mujer. Pero no deja de ser cierto que semejantes excesos contra la naturaleza encuentran, si no una excusa, al ménos un pretexto en la maldad de la mujer que no está inspirada por la verdadera religion, ni gobernada por leyes santas.

Muchos autores han escrito acerca de la mujer, pero animados de sentimientos opuestos. Los unos han hecho de ella un ángel y los otros un monstruo. Segun los pasajes de los libros santos que hemos citado, los unos y los otros tienen razon. Puede decirse de la mujer lo que se ha dicho de la lengua: «Nada hay peor, nada hay mejor que ella.» La mujer es un monstruo cuando nó es un ángel. Pero el hecho es que ella no ha sido ni será jamas un ángel fuera de la verdadera religion. Fuera de esta religion, la mujer, corrompida, oprimida y degradada por el hombre, le devuelve duplicado el mal trato que de él recibe; ella le corrompe, le degrada á su vez, y procura oprimirle; ella le hace bárbaro, porque la barbarie no es otra cosa que el estado en que el hombre y la mujer, corrompiéndose mutuamente, se degradan, para acabar por oprimirse el uno al otro.

§ II. — Mision de la familia; la mujer lo es todo en ella. — La influencia de la religion y de la moralidad de la mujer tiene un poder inmenso sobre la moralidad de la familia y del Estado. — Esta verdad ha sido reconocida y consignada aun por la sabiduría pagana. — Horacio atribuye la ruina de Roma á la corrupcion de costumbres de las mujeres.

Si tal es el poder moral de la mujer con respecto á su esposo, es mil veces mayor con respecto á sus hijos y á sus domésticos.

El sabio y piadoso abate M. Gaume, en su preciosa obra titulada *Histoire de la Famille* (1), dice: «Lo que la raíz es al árbol, la fuente al rio y la base al edificio, es la familia al Estado y á la Iglesia; de manos de la familia recibe aquél sus conciudadanos y ésta sus hijos.

» En un sentido más íntimo y por una razon más profunda, la familia debe ser llamada la más importante de las sociedades. Formar al hombre tal como es y tal como será, ¿no es preparar infaliblemente la gloria ó la vergüenza, la ventura ó la desgracia del mundo? Tal es la terrible mision de la familia.

» Si preguntamos á Aquel que ha establecido los estados y fundado la Iglesia, cuál es el fin de ellos, su infalible oráculo nos da esta luminosa respuesta: El fin de todas las obras de Dios es la santificacion del hombre. *Hæc est voluntas Dei, santificatio vestra.* (I, *Thess.*, IV.) Fin sublime, en el cual se comprenden á un mismo tiempo la ventura y el modo de obtenerla.

» So pena de caer en los más funestos errores, la filosofia humana se ve obligada, despues de tantos ensayos, á aceptar como un axioma esta conclusion final de la fe; no se disguste por ello el materialismo ciego de nuestro siglo: *La santificacion del hombre* es el último fin de todas las cosas.

» La familia, asociada á la paternidad misma del Criador, ha recibido el poder de engendrar seres á su semejanza, seres capaces de participar un dia de la naturaleza divina: *Divinæ consortes naturæ.* (II, *Petr.*, I.) ¡Oh familia, oh sociedad misteriosa y sagrada! ¡Cuán grande eres á los ojos de la razon, cuán respetable á los ojos de la

(1) Esta es, á nuestro modo de ver, como lo hemos dicho diez años há, una de las obras más útiles y más importantes que han aparecido en este siglo; y no podemos comprender cómo se halla tan poco extendida y tan poco apreciada del clero en el país mismo que la ha visto nacer. Á excepcion de su largo prólogo, que su ilustre autor va á acortar en una nueva edicion que está próximo á dar, es una obra perfecta, y la más á propósito para dar á conocer la necesidad y la importancia del catolicismo en sus relaciones con la perfeccion de la familia, con la civilizacion y la felicidad del Estado. Este es, á nuestro modo de ver, el libro de familia por excelencia, digno de ocupar en una biblioteca de familia el primer lugar despues de la Escritura Santa y del Catecismo, y de formar parte del ajuar de una mujer casada. Ella aprenderá en él la grandeza de su dignidad, la importancia de su mision y la extension de sus deberes. Ciertamente que no podria hacérsele un regalo más precioso.



fe! ¡Comprende la sublimidad de tu glorioso destino, la santidad que debe presidir á tus palabras y á tus acciones, los cuidados religiosos que debes consagrar á ese sér que te debe la existencia, á ese sér á quien Dios llama *mi hijo*, y el ángel mi hermano!

» La familia está establecida, lo mismo que la Iglesia, para velar sobre la vida espiritual del recién nacido; en el hogar doméstico, sobre las rodillas de su madre, entre los brazos de su padre, es donde el hijo de la eternidad debe recibir los primeros conocimientos de su doble origen, de sus grandes deberes, de su sublime destino; allí es donde el jóven candidato del cielo debe aprender que, para ser elegido, sólo debe vivir para su Dios y para sus hermanos; allí es, en fin, donde él debe hacer este glorioso aprendizaje de las virtudes cristianas, que es el único camino de la eterna bienaventuranza. Expresan, por consiguiente, muy bien la religiosa misión de la familia los Santos Padres (August., *Opp.*, tom. iv), que llaman á la sociedad doméstica *una iglesia privada*, cuyos sacerdotes son los padres, y cuyos fieles son los hijos.» (Gaume, *Histoire de la famille*, c. i.)

Santo Tomas hace notar que el matrimonio se llama en latin *matrimonium*, porque se refiere especialmente á la madre: *Matrimonium, quasi matris-munium*; es decir, que en la mujer se resume particularmente la familia, que la mujer es quien hace la ventura ó la desgracia de ella, y que es el gran instrumento, el gran motor de su moralidad ó de su corrupcion.

Así, pues, la familia entera no es otra cosa que lo que la mujer la hace, no es otra cosa que un espejo fiel de sus buenas cualidades ó de sus defectos, de sus virtudes ó de sus vicios; y por consiguiente, la sociedad civil (que no es otra cosa que la reunion de las familias bajo una cabeza política, así como la familia es la reunion de los individuos bajo una cabeza doméstica) no es otra cosa que lo que las mujeres la han hecho; no es sábia ó insensata, religiosa ó impía, casta ó corrompida, sino en proporcion de la castidad ó del libertinaje, de la religion ó de la impiedad, de la sabiduría ó de la ligereza de las mujeres.

¡Ah! Nunca podrá repetirse lo bastante: la fuerza, la grandeza y la felicidad de los pueblos dependen de la religion, y el sosten y la propagacion de la religion dependen de una manera especial de las mujeres. El hombre, tanto en lo moral como en lo fisico, es tal

como su madre lo ha formado. La misma madre que le ha dado la vida del cuerpo con su sangre, le da la vida de la inteligencia con sus palabras. La misma madre que le enseña á conocer á su padre terreno, le enseña tambien á conocer á su Padre celestial, á su Dios. La primera revelacion de la existencia de Dios y de sus atributos, de Jesucristo y de sus misterios, del hombre y de su origen, de su condicion y de su destino, de la Iglesia y de sus sacramentos, del culto y de sus prácticas, de la moral y de sus obligaciones; esta revelacion primera, repito, no se hace al hijo sino por su madre. Su madre es su primer predicador (1), su primer misionero, su primer apóstol, su primer evangelista; que ilumina su razon naciente, que desarrolla en él los hábitos de las virtudes teologales que recibió en el bautismo; que le enseña á creer en Dios, á esperar en su misericordia, á amar su bondad, á llamarle con el dulce nombre de *Padre*, á adorar su majestad, á temer su justicia, á invocarle en la oracion, á cumplir su voluntad y á esperar sus recompensas.

La mujer piadosa, pura, sábia, prudente y devota, en una palabra, la mujer católica, es la que, como madre, cristianiza al hombre niño; como hija, edifica al hombre padre; como hermana, corrige al hombre hermano, y como esposa, corrige al hombre esposo. Ella es esa antorcha resplandeciente de que habla el Evangelio, que, colocada sobre el candelabro doméstico, derrama incesantemente á su alrededor la luz de la fe en toda la casa, é ilumina á todos los que en ella habitan: *Accedunt lucernam, et ponunt eam super candelabrum, ut luceat omnibus qui in domo sunt.* (Matth., v.) Ella es esa sal misteriosa, prosigue el Evangelio, que impide que se corrompa la familia: *Vos estis sal terræ.* (Ibid.) Ella es ese vaso de celestiales aromas de que habla San Pablo, que esparce en torno suyo el buen olor de Jesucristo: *Christi bonus odor sumus.* (II, Cor., II.) Es verdad que todo esto se dijo de los apóstoles y de sus sucesores; pero la mujer es tambien apóstol, la madre apóstol en la casa, como los apóstoles son, segun San Pablo, los apóstoles madres en la Iglesia: *In Christo Jesu, per Evangelium, ego vos genui.* Porque la mujer religiosa es quien, con su conversacion, sostiene y hace valer

(1) Véanse *Las Mujeres del Evangelio*, Hom. v, § 13, donde este ministerio de la mujer madre se explica bajo el título de *La Madre Iglesia*.



la enseñanza de la religion, y la realiza con sus virtudes; y por lo mismo que sostiene en accion la religion en la familia, la sostiene tambien en el Estado. Pues así como la familia no es religiosa sino por la religion de los individuos, así el Estado no es religioso sino por la religion de las familias.

Es verdad que los hombres son los que forman las leyes, cuyo bueno ó mal espíritu decide de la ventura ó de la desgracia de la sociedad. Pero las leyes no son otra cosa que el reflejo y la expresion de las costumbres públicas, y, como se ha reconocido constantemente, las leyes son una letra muerta, las leyes nada valen, nada son sin las costumbres. *Quid leges, sine moribus, vane proficiunt*, decia Horacio. Así como las mujeres son las que principalmente forman las lenguas (1) y los proverbios, así tambien ellas son las que forman las costumbres, los usos y los modales de los pueblos.

«Por más que hagais, decia el mismo poeta á los romanos, no os libraréis de las grandes desgracias que os amenazan. Roma está arruinada porque sus mujeres están corrompidas.» Ved aquí el notable pasaje en que este poeta pagano pinta la corrupcion de las mujeres romanas de su tiempo, y ateniéndose sólo á los grandes principios tradicionales de la humanidad, anuncia que las costumbres licenciosas de las mujeres acarrearían la ruina del Imperio. Despues de haber oido los oráculos de la sabiduría divina, no estará de más que oigamos las palabras de la sabiduría humana.

«Hemos llegado, decia Horacio, á un grado de desenvoltura en la mujer, que la jóven dóncella sólo se complace en las danzas voluptuosas de la Jonia, y que desde la misma infancia sueña con amores incestuosos (2). Cuando se casa no se hace más sábia: ella lleva su desvergüenza hasta el punto de preferir á su esposo jóvenes adúlteros, en la misma presencia de él y miéntras que se halla

(1) Las lenguas no nacen en el seno de las academias, sino en el seno de las familias, y allí son las mujeres quienes las forman. Esto es lo que hace que las lenguas, en su origen, son tan caprichosas, tan irregulares y sonoras, y al mismo tiempo tan vivas, tan expresivas y tan graciosas. Estos son los caracteres particulares de la mujer.

(2) «*Motus doceri gaudet Jonicos  
Matura virgo; et fingitur artubus;  
Jam nunc et incestos amores  
De tenero meditatur ungui.*» (Lib. III, Odar., VI.)

sentada á la mesa. Y esto no lo hace sólo con un amante á quien ha elegido, ni en las tinieblas de la noche; sino que concede sus culpables favores al primero que llega, á todo el mundo y en medio del dia. El desventurado marido se ve obligado á tomar su partido, y la ve con indiferencia correr en pos del que la llama, aunque sea un mercader ó un patron de una nave española, con tal que se halle dispuesto á pagar á buen precio la infamia de su mujer (1). Así es como nuestro siglo, tan fecundo en crímenes, ha manchado sobre todo el lecho nupcial, y ha degradado de esta manera las generaciones y las familias; del seno de la familia ha salido el torrente de la corrupcion que ha invadido al pueblo y ha trastornado el Estado (2). Así es como con el trascurso del tiempo, que todo lo destruye, el libertinaje de las generaciones ha ido creciendo de dia en dia. Nuestros padres valian ménos que sus abuelos, nosotros valemos ménos que nuestros padres, y dejaremos unos hijos todavía más depravados que nosotros» (3).

Ved aquí lo que dijo Horacio; y á pesar de que era epicúreo, pronunció unas grandes verdades. Cuando la corrupcion no llega más que al hombre, no se ha perdido todo, porque el hombre puede ser mejorado por la mujer; pero cuando la corrupcion ha llegado hasta la mujer, nada queda ya que esperar, porque la mujer no puede ser restaurada por el hombre. La mujer es la fuente de la vida social, es el corazon de la sociedad; y las aguas emponzoñadas

(1) «*Mox juniores quærit adulteros,  
Inter mariti vina; neque elegit  
Qui donet in permisa raptim  
Gaudia, luminibus remotis.  
Sed jussa coram, non sine conscio  
Surgit marito, seu vocat institor,  
Seu navis hispanicæ magister.  
Dedecorum pretiosus emptor.*» (Lib. III, Odar., VI.)

(2) «*Fœcunda culpæ sæcula nuptias.  
Primum inquinavere, et genus et domos:  
Hoc fonte derivata clades  
In patriam populumque fluxit.*» (Ibid.)

(3) «*Damnosa quid non imminuit dies?  
Ætas parentum, pejor avis, tulit  
Nos nequiores, mox daturos  
Progeniem vitiosiore.*» (Ibid.)



en la fuente no pueden ser purificadas, y las enfermedades del corazón son incurables.

Esto consiste en que el hombre sólo forma la filosofía especulativa, y la mujer forma la filosofía práctica. El hombre no tiene más que las ideas, y la mujer es quien tiene la acción, y aún la acción que ejerce por medio del hombre; porque, en efecto, el hombre obra generalmente por inspiración de la mujer, y con mucha frecuencia, por complacer á la mujer ó por no disgustarla, obra en contradicción consigo mismo, creyendo que obra por su voluntad.

§ III.— Poder de la mujer con respecto al error.— El hombre es quien lo engendra, pero la mujer es quien lo concibe y lo hace crecer.— Todas las falsas religiones y todas las herejías se han establecido por el concurso de la mujer.— La propagación del protestantismo y de la incredulidad moderna son obra suya.

Ved lo que sucede en materia de errores. Los hombres son indudablemente quienes los inventan, pero no se radican hasta que las mujeres toman parte en ellos, hasta que, pasando de las escuelas á las familias, pasan de los libros á las costumbres; y este pasaje es obra de las mujeres.

En el orden físico el hombre sólo contribuye por el acto pasajero de la generación al nacimiento del hombre. La mujer es quien lo concibe y lo lleva por espacio de nueve meses en sus entrañas, lo forma con su sangre, lo da á luz, lo alimenta con su leche y lo cria con sus cuidados. Lo mismo sucede respecto al error.

El error no es otra cosa que el pensamiento del hombre que abusa de su razón y pretende formarse á sí mismo su creencia y su ley. Cuando él ha formado este pensamiento culpable, procura hacer que pase al espíritu de la mujer. Esta es una especie de generación espiritual; porque el espíritu engendra lo mismo que el cuerpo, supuesto que el espíritu se reproduce en cierto modo en otro espíritu por la comunicación de las ideas, como un cuerpo vivo se reproduce en otro cuerpo vivo por la comunicación de su sustancia. Pues bien; si la mujer tiene la desgracia de consentir en esta generación espiritual, es decir, si tiene la desgracia de aceptar en su espíritu este error del espíritu del hombre, lo concibe ver-

daderamente en sí misma; y después de haberlo modificado á su manera por la fuerza de su imaginación, y de haberlo formulado por la precisión de su lenguaje, da á luz en la familia este monstruo, lo alimenta, lo desarrolla y lo hace crecer en ella. Y cuando el error se introduce de esta manera en las familias, por la influencia de la mujer, es cuando se hace social y público, y cuando de las costumbres pasa á las leyes, las cuales los sostienen, porque ellas están á su vez sostenidas por las costumbres domésticas, por la influencia oculta, pero omnipotente, de las mujeres.

El epicurismo antiguo, por ejemplo, llevado de Atenas á Roma, al principio no tuvo partidarios más que en los hombres, y sólo más tarde fué cuando las mujeres lo acogieron, y con mucho más ardor que los hombres, hasta el punto de no haber una mujer distinguida que no llevase la imagen de Epicuro pendiente de su collar y de sus brazaletes; hasta el punto de hacerse moda entre las mujeres ser epicúreas, y de que, mudando de maridos todos los años, contaban ya sus años por el número de sus maridos. Pues bien; mientras que la filosofía de Epicuro en Roma no salió de los umbrales de las academias ni fué más que un objeto de discusión para los hombres, no causó un gran mal. Pero cuando esta doctrina de la voluptuosidad se pegó como una peste á las mujeres, se encarnó en la mujer, se hizo mujer y por la mujer invadió la familia, entonces, y sólo entonces, fué cuando se extendió por todas partes, todo lo corrompió, todo lo manchó y produjo aquella espantosa corrupción de costumbres, que fué la verdadera causa de la caída del Imperio romano.

Todas las falsas religiones en los tiempos antiguos, así como todas las herejías, el protestantismo, y sobre todo el filosofismo en los tiempos modernos, se han establecido en el mundo por el concurso de las mujeres.

No hay secta alguna herética que no haya procurado ante todo asociarse á la mujer é iniciarla en sus errores.

San Pablo nos representa á los primeros herejes del Cristianismo procurando atraer á su secta á todas las mujercillas vanas, ligeras é impúdicas, y valiéndose de ellas para introducir y perpetuar en las familias sus funestas doctrinas: *Qui penetrant domos et captivas ducunt mulierculas oneratas peccatis, quæ decuntur vanis desideriis.* (II, *Timot.*, III.)